

CAPITULO III

EL PUENTE SOBRE EL GARONA

3.1

Al finalizar su guardia, la tercera de la noche, Bernard, puesto ya al corriente de la supuesta proximidad del enemigo, procedió junto con Adrien y Ferdinand a despertar sigilosamente a la gente para que ésta se fuese aviando en silencio. Los dos últimos habían permanecido todo el tiempo en vela, apostados en el camino o patrullando por la linde del bosque.

El capitán, sentado y adormilado tras aquellas horas de vigilia, se incorporó rápido cuando el hidalgo occitano le sacudió el brazo sobre el que, en aparente actitud pensativa, descansaba la cabeza.

- ¡Vamos, vamos! ¡Despertémoslos en silencio!- comentó Ferdinand sorprendido y con voz somnolienta.

Fueron llamando uno por uno a los demás componentes de la partida, al tiempo que por señas les indicaban que tuvieran la boca callada.

La oscuridad casi total y la temprana hora, se conjugaron para crear el desconcierto entre los amodorrados francos, y así, algunos se tomaron a broma las órdenes de silencio de los tres caballeros, y otros, que se despertaron por sí mismos al notar cierta agitación, simplemente no supieron de la consigna dada.

El caso es que, en un momento, se desencadenó un gran alboroto entre comentarios jocosos y ventosidades:

- ¿Pero qué pasa? ¿Cómo tan pronto? ¡Si nos acabamos de acostar!- Se lamentaba alguien en alta voz.

- Ese vela inútil, ¡que se te han apagado las fogatas! – replicó insolente otro de voz cazallera.

Ferdinand chistó tratando de acallar a los descuidados.

- ¡Pero por Dios, si aún no han puesto los caminos!- Protestó otro con más humor al tiempo que un cuarto bostezaba de forma exagerada buscando la hilaridad de sus compañeros.

El capitán volvió a chistar con energía e insistencia pero, en ese momento, Phelipot soltó un potentísimo e interminable pedo que retumbó en el bosque despertando carcajadas y comentarios por doquier.

¡Phelipot, pedazo de bestia, te voy a sacudir un guantazo de los buenos!- le advirtió amenazadoramente su jefe, mas como aún trataba de contener el volumen de su voz, seguían sus hombres sin tomarle muy en serio.

- Yo os presto el guante señor Ferdinand- dijo el capellán tratando de hacer un chiste fácil, pues la gente conocía la levedad de sus guantes de seda.

Inmediatamente, varios émulos del escudero barrigón, trataron de imitar su hazaña con ventosidades que no estuvieron a la altura, pero que originaron nuevos comentarios chuscos y más risas. Uno de los pedos, expelido por “Manosrápidas” con un sonido agudo y bastante ridículo, provocó otra declaración del “Gordo”:

- ¡¿Dónde vas con eso novato?! Parece un pedo del “Principito”... ¡pero antes de conocer a “Torpón”!

Las carcajadas que provocó el comentario entre los concurrentes fueron escandalosas.

- ¡Imbécil!- se escuchó, algo más distante, la frágil voz del aludido protestando por la burla.

Aquel alboroto progresivo acabó por enfurecer al Mariscal que gritó con todas sus fuerzas:

- ¡HE DICHO SILENCIO CRETINOS!

Por fin se hizo el silencio y, durante unos momentos, éste fue sepulcral, la gente comprendió que algo muy grave sucedía.

Todos permanecían inmóviles, como congelados en las diversas posturas en las que les sorprendió el grito de su capitán, y continuaban en silencio, pero ya no por causa de la colérica orden, sino que agudizaban el oído tratando de descifrar que era aquel rumor creciente y de donde procedía. “¡Caballos al trote, monte arriba!”.

Los que aún permanecían en sus lechos, se incorporaron para otear la oscuridad en la dirección del foco del alarmante ruido. Entonces pudieron apreciar el resplandor de algunas antorchas moviéndose rápidamente entre la arboleda, en lo alto de la cuesta.

Hubo un instante de incertidumbre en el que muchos pensaron que estaban siendo atacados.

- ¡A LAS ARMAS!- exclamaron casi a la vez Ferdinand, Adrien y Bernard.

Cada cual se tiró a coger la que tenía más a mano, casi todos la espada pues dormían junto a ella.

Los segundos se hicieron eternos, en medio de la oscuridad, los corazones palpitaban acelerados mientras unas conocidas sensaciones les invadían, pesadez en las piernas, un vacío en el estomago o tensión en la nuca... consecuencia de la desazón que les producía a todos, en mayor o menor medida, la inminencia del combate, acrecentada por las desfavorables condiciones del momento.

Pero no tardaron en caer en la cuenta de que por fortuna, lo que en realidad estaban haciendo aquellos jinetes, herejes o quienes quieran que fuesen, era escapar.

El Mariscal empezó entonces a dar órdenes para que los guerreros vistiesen inmediatamente las armaduras, ayudándole el templario a organizar el equipamiento, pero la confusión que se formó en un santiamén fue total al conjugarse la falta de luz y los nervios.

Adrien, más tranquilo que Ferdinand, se anticipó en disponer que se encendieran las tres linternas y también algunas teas que iluminasen el campamento, y procuró rebajar la tensión de los hombres pidiéndoles que conservasen la calma y no corriesen a lo loco. La gente se empezó a ataviar con más tino.

Cuando poco después, el capitán, el templario y Bernard, coincidieron junto a la línea de corceles para proceder a enjaezar los propios, el hidalgo occitano estaba de un humor de perros. En ello coincidía con Ferdinand, enojado éste por la lentitud y torpeza de sus discípulos para ataviarse en la penumbra, amén de su caótico despertar, y sin contar con el hecho de que se le hubiesen escurrido los fugitivos, que quizás era lo que menos le agobiaba.

El motivo de la exasperación de Bernard era, sin embargo, la obscena estampa contemplada durante su guardia, en la que había sorprendido a los jóvenes Paul y Jacques desnudos y abrazados en su lecho. Vino ahora a acusarlos de sodomía, un delito muy grave a ojos de la sociedad y de la Iglesia, ante su tutor y capitán, y en presencia del tío del futuro Conde.

Ferdinand y Adrien, más preocupados por el asunto en ciernes que por el problema que planteaba ahora el hermanastro del protector de herejes, y que ya conocían sobradamente, al menos el primero de ellos, apenas le hicieron caso. El monje templario, con su acostumbrada flema, no mostró ningún signo de contrariedad, y el Mariscal, le mandó en principio “a hacer puñetas”, para luego, ante su insistencia, decirle más sosegadamente que como volviese a acusar al hijo del Conde de una monstruosidad semejante, se preparara a enfrentarse directamente con él, que actuaría como mantenedor, para probarlo mediante una ordalía.

Por supuesto que la declaración del capitán no estaba exenta de un tinte de cinismo y sonaba a bravuconada, pero sirvió para que Bernard dejase sus denuncias para una ocasión más oportuna.

No terminaron de equiparse ellos mismos y a sus animales hasta después de amanecer, tras emplear cerca de una hora para ello. El capitán, como responsable del adiestramiento de aquellos guerreros y la organización del grupo, se sentía fatal ante el tiempo excesivo que habían tardado en aviarse.

Se podía decir en su descargo que no resultaba fácil vestirse la armadura, y menos aún con poca luz. Sobre la camisa, calzones y calzas debían enfundarse el gambax, la prenda de cuero o lienzo guateada con borra que como se explicó constituía el relleno de la loriga. Luego ponerse ésta, que era la armadura en sí, encima de la prenda anterior.

Las lorigas de los componentes del grupo eran casi todas distintas, pero se podían catalogar en dos modelos, las llamadas cota de placas y cota de mallas.

La primera, nombrada también clíbano, consistía en una túnica de cuero donde se montaban placas de los más diversos materiales: hierro, madera, cuero hervido, hueso, pezuña... La segunda era una túnica de manga larga que llegaba hasta las rodillas, provista a menudo de capucha y manoplas cosidas al extremo de las mangas, confeccionada toda ella con pequeños anillos de hierro entrelazados unos con otros de modo que formaban una tupida malla, de ahí su nombre. La cota de mallas, más moderna y elaborada que el clíbano, también era mucho más costosa que éste. Tenía las ventajas de ser más ligera, aún así pesaba entre veinticinco y cuarenta libras, y mucho más flexible, lo que permitía una mayor libertad de movimientos, ofreciendo una protección similar o incluso mayor.

Una variante más económica de la loriga era el lorigón, con manga corta y largo hasta el muslo, careciendo además de capucha. La calidad de la malla tampoco era la misma, pues ésta variaba, por ejemplo, con el número de anillas empleadas que podía oscilar entre dos mil y veinte mil.

Así se comprende porque sólo los caballeros con alto poder adquisitivo disponían de cota de mallas. Era el caso de los tres Flambó, del hidalgo Bernard y de Adrien, como caballero de la Orden del Temple. Sin embargo Ferdinand, que habría tenido medios para costearse una de esas lorigas, se servía de un antiguo clíbano, una pesada "cota de escamas", llamada de éste modo por estar dispuestas las placas de hierro en forma similar a las escamas de un pez o a las tejas de una casa. Había pertenecido a su padre y antes que a éste a su abuelo. El Mariscal solventaba el excesivo peso con su desbordado vigor, y como era un recuerdo de familia y le iba bien con ella, la prefería a una de mallas. También el viejo Charles usaba un clíbano, pero de placas de cuero hervido, más ligeras y casi igual de duras.

De los escuderos, sólo Rimont portaba una loriga de mallas, heredada de su difunto padre y prácticamente tan buena como las de los Flambó. Phelipot disponía de un clíbano de placas de pezuña, ligeras y duras, Aubert otro de placas de cuero, y Jacques de un lorigón de mallas de no mucha calidad. El sargento Richart también llevaba un lorigón, pero muy superior al del escudero de Paul.

Vestirse la armadura no consistía únicamente en enfundarse la loriga sobre el gambax, había también que protegerse piernas, manos y brazos en su caso, y por supuesto la cabeza.

Las defensas más costosas incluían las brafoneras, calzas de malla desde el muslo hasta el pie incluyendo las suelas. Se sujetaban mediante lazos a la parte interna de la cota de mallas. Previamente había que ponerse unas protecciones de cuero en las piernas para acolchar las mallas. Los lorigones contaban, en algunos casos, con unas brafoneras más modestas que no incluían el pie, cubriéndose entonces éste con algún borceguí o zapatón reforzado con placas metálicas, el llamado escarpe. El resto de los hombres que no dispusieran de estas brafoneras, se protegían las piernas con piezas moldeadas de cuero hervido a modo de grebas, rodilleras o cujas, o simplemente con polainas de cuero o se arrollaban tiras del mismo material.

Aquellos que usaban lorigones o clíbanos, debían cubrirse también los brazos con piezas de cuero hervido como brazaletes o muñequeras, reforzados en ocasiones con chapas metálicas o remaches. Otros, disponían de mangas de malla sujetas al clíbano.

Las manos quedaban protegidas con guantes de cuero reforzados con placas metálicas o con mitones de malla y cuero, excepto en los casos que se servían de una buena loriga de mallas cuyas mangas terminaban en unas manoplas del mismo material, los cuales no precisaban más que de unos ligeros guantes de cuero para llevar bajo las manoplas.

Finalmente la cabeza, se defendía normalmente con tres o cuatro capas. Primero se colocaban todos la cofia de cuero o lino, acolchada con alguna capa de borra. Después había dos posibilidades, que la loriga dispusiese de su propia capucha de mallas o no. En el segundo caso se cubrían con un capuchón de mallas o de cuero llamado almófar o gorguera, que amén de protegerles el cráneo, también les defendía el cuello y los hombros. Por último venía el yelmo metálico, casi siempre forrado con otro acolchamiento interior.

Existían varios tipos de yelmos: El templario y los tres Flambó utilizaban el más moderno casco cerrado y cilíndrico, con unas ranuras para ver y respirar. El Mariscal, Bernard, Charles y los cuatro escuderos, utilizaban el cónico o el semiesférico provistos de nasal. Diferente a estos modelos era el que usaba Richart. Se trataba de un sombrero de hierro de ala ancha, es decir, con un reborde saliente alrededor. Del mismo casco pendía, a modo de un velo, la malla, que le caía sobre hombros y espalda y con la que podía a voluntad cubrirse la cara.

Los yelmos podían ir rematados por alguna cimera, que servía como símbolo anunciante de la jerarquía de su portador dentro de la mesnada. En el caso del Mariscal y de los Flambó, se trataba de dos colas de caballo, una negra y rubia la otra, que surgían de lo alto del casco y les caían sobre la espalda. El hidalgo Bernard llevaba un penacho de plumas de color gualda.

Una pieza de cuero, llamada alerón, pendía de su borde trasero en algunos modelos para reforzar la defensa de la nuca. También solían estar dotados de una pieza de tela que envolvía la parte trasera del casco y aún cubría una porción de la espalda y los hombros del guerrero, y que se utilizaba para refrigerar al usuario, ya que le proporcionaba sombra e incluso se llegaba a empapar de agua para aprovechar el frescor de la evaporación. Suponía además, como no, una ligera capa de protección añadida. Recibió con el tiempo la denominación de lambrequín.

Tanto las capuchas de la loriga como los almófares, disponían de un embozo que permitía, abrochándolo, tapar la totalidad del rostro excepto los ojos y en algunos casos la nariz, o bien dejarlo al descubierto. Por eso era llamado ventana.

Pero aún había otras protecciones, como collarines de cuero para proteger garganta y nuca, colocados bajo la loriga o el faldón del almófar, aletas metálicas para los hombros, pectorales de cuero dispuestos entre la cota de mallas y el gambax o chalecos del mismo material revestidos con placas para usar encima de aquella, como empleaban los Flambó.

El equipo se completaba cubriendo la armadura con la túnica externa llamada sobreveste o también cota de armas, dalmática, etc., que protegía del calentamiento del Sol o del agua de la lluvia, y dotaba a la mesnada de cierta uniformidad, al menos en el caso de caballeros y escuderos. La Casa de Flambó, como se dijo, lo llevaba de color negro con una llama amarilla bordada en el pecho.

Por fin, encima del sobreveste, se ceñían el talabarte, el cinturón de cuero de donde pendía la espada, la daga y, según los casos, toda suerte de cuchillos o machetes.

Aparte de equiparse ellos mismos, tuvieron también que aprestar sus monturas. Los doce corceles montados por los guerreros disponían de arneses de guerra. Para instalárselos, tras ponerles el cabezal con el freno y las riendas, y acomodarles la silla de altos borrenes afianzándola con el ataharre, el pretal y las cinchas, se les forraba con las guardas de cuero o de esparto para a continuación cubrirles con sus dos camisotes de malla, uno que resguardaba la parte delantera del caballo, de la cabeza a las rodillas, dejando sólo hueco para orejas, ojos y morro, y otro que revestía la parte de atrás, grupa, cuartos traseros y muslos, cayendo hasta los corvejones. En algunos se reforzaba la cabeza con la pieza llamada testera. Las patas, por debajo de la mallas, se vendaban con tiras de cuero.

Para terminar, el conjunto se cubría con las vistosas gualdrapas de tela con los colores del blasón que caracterizase al jinete. En el caso de los Flambó, negro moteado con pintas amarillas.

Los rayos de Sol por encima de las copas de los árboles anunciaban ya su orto, cuando por fin el Mariscal, viendo a todos los componentes del grupo montados y listos, dio orden de partir y la columna se puso en movimiento. Los caballeros se dispusieron en cabeza, ya dispuestos para la lucha, inmediatamente detrás se posicionaron los escuderos y el sargento, mientras que los civiles cerraban la marcha conduciendo las monturas de reserva y las

acémilas.

Tras abandonar el calvero, el camino ganaba altura haciendo unos cuantos zigzagues. Pese a la urgencia, los sobrecargados destreros, a cuestras con su pesado arnés de guerra más los jinetes con armadura, armas y escudo, no podían subir aquella ligera pendiente más que al paso.

Al cabo de un rato, coronaban el cerrillo donde seguramente habían acampado sus enemigos. Después, la calzada volvía a sumergirse en el espeso bosque descendiendo de forma suave y prolongada, y los jinetes espolearon sus monturas para, aprovechando la cuesta, ponerlas al trote.

El escuadrón avanzaba en columna de a dos y los caballeros de cabeza, Ferdinand y Adrien, a pesar sus agudísimas vistas y toda su experiencia, no fueron capaces de apreciar la trampa que les habían tendido. La luz en el interior de la espesura era aún escasa, o al menos insuficiente como para vislumbrar una delgada sogá que, atada a la parte más baja de dos troncos, atravesaba el camino a tres palmos del suelo. La cuerda, fuertemente tensada, quedaba disimulada en parte de su recorrido por los matojos que crecían en los bordes de la vía. Esto, unido a que habían elegido el punto más oscuro para situarla, explica que, tanto los dos somnolientos guerreros como sus vigilantes cuadrúpedos, cayeran en una celada tan pueril.

Los dos corceles tropezaron a la vez y rodaron violentamente por el suelo, provocando un gran estruendo y lanzando despedidos a sus jinetes. La confusión fue tremenda, Bernard y Pierrot, que venían inmediatamente detrás, no pudieron frenar sus monturas a tiempo y éstas se toparon con los animales caídos, enganchándose con ellos y derrumbándose encima.

Los siguientes caballeros alcanzaron a detenerse, pero no consiguieron dominar fácilmente a sus espantadas cabalgaduras, que se encabritaron, levantándose sobre sus cuartos traseros, piafando y relinchando sin control.

Todo aquel caos, hizo pensar a los escuderos más próximos que habían caído en una emboscada y estaban siendo atacados, por lo que presas del pavor, daban voces de alarma, se cubrían con los escudos, desenvainaban las espadas o asían sus azagayas, esforzándose a la vez por hacer virar sus caballos para, finalmente, huir monte arriba tratando de ponerse a salvo.

El embrollo en el camino era total pues, a pesar de las exclamaciones de peligro y las órdenes para que dieran la vuelta, los civiles no pudieron hacer girar a la larga recua de caballos y mulas. Así, unos se entorpecían con otros y por un momento el pánico reinó en un buen trecho de la oscura senda.

Hizo falta un rato para que la situación volviese a la normalidad. Marie, Paul y Charles, los primeros en hacerse cargo de lo que realmente acababa de suceder, una vez controlados sus corceles, vocearon en medio de la confusión para tranquilizar a sus compañeros de la cola, y lo fueron consiguiendo.

Entre tanto, Ferdinand estaba fuera de sí, no había sufrido ningún daño, pero tenía la moral hecha trizas. Avergonzado, no se explicaba cómo se la habían jugado de aquella manera tan tonta. Por fortuna, ninguno de los cuatro caballeros caídos debía lamentar lesión alguna, las armaduras y yelmos, y sobre todo las mullidas prendas de relleno, habían impedido que se ocasionasen alguna fractura, y ello a pesar de la violencia del impacto o de los pisotones de los caballos implicados, que incluso habían llegado a caer sobre los dos primeros jinetes. Adrien permanecía bajo uno de ellos, aunque sin perder por esa causa un ápice de su habitual parsimonia.

La confusión fue poco a poco menguando y los cruzados se empezaron a organizar. Lograron levantar, no sin dificultad debida a sus enormes pesos y lo aparatoso de los arneses, a los corceles caídos, liberando al templario. Los animales habían salido peor parados que los jinetes, con magulladuras y pequeñas heridas, Lorent los examinaba concienzudamente. Uno de ellos, precisamente el destrero montado por Adrien y uno de los favoritos del Conde de Etelnon, presentaba una espantosa fractura abierta en una de sus patas y todos los presentes comprendieron con horror y lástima que, sin duda alguna, debía ser sacrificado cuanto antes.

Tras retirarle el arnés de guerra, la silla y todos los atalajes, le obligaron a tumbarse y el monje templario, con hondo dolor de su corazón, le dio el toque de degüello. A todos les disgustó profundamente la muerte del soberbio ejemplar, y por ello se sintieron tristes,

derrotados y humillados por un enemigo al que ni siquiera habían llegado a ver. Algunos llegaron a conjeturar sobre la intervención del mismísimo Diablo, fiel protector de aquellos malnacidos.

Perdieron casi una hora entre unas cosas y otras, como vestir con el arnés del muerto al otro corcel asignado a fray Adrien de Quercy, un alazán de bella estampa también propiedad de Gerrart Flambó, o la práctica de algunas curas provisionales. Después, el escuadrón volvió a ponerse en movimiento, avanzando ahora con más cautela, camino de Toulouse.

3.2

Al cabo de una o dos millas de marcha, cruzaron una aldea abandonada desde la que se podían divisar las torres de Toulouse. Comprendiendo que la salvación de los herejes podía estar próxima, el escuadrón forzó de nuevo el paso.

Poco más tarde vieron como se acercaba al galope un grupo de jinetes que venía de frente. El Mariscal, desde la posición de cabeza, gritó a sus hombres que se preparasen para la lucha. Los primeros caballeros embrazaron los escudos y abatieron las lanzas al tiempo que espoleaban vivamente a sus monturas, preparándose para el choque. El cuerno de señales de Phelipot ya sonaba dando el toque de carga, y una ola de adrenalina recorrió los cuerpos acelerando corazones y tensando músculos, mientras las mentes se encomendaban al Altísimo conscientes de que el momento de la verdad podía estar cerca.

Pero, afortunadamente, ambas cuadrillas se reconocieron cuando apenas restaba una decena de pasos para el fatal encuentro. Atendiendo el aviso de los caballeros que antes se habían percatado del error, se levantaron las armas para que nadie saliese dañado, al tiempo que procuraban abrir las filas para evitar la colisión con los guerreros que ya tenían encima.

Se habían distinguido mutuamente como gente de Simón de Montfort. A las preguntas de Ferdinand y sus hombres, los seis jinetes, caballeros y escuderos de otra de las mesnadas francas, que constituían aquella patrulla de reconocimiento, les informaron de que no se habían cruzado con nadie por aquel camino, mucho menos con grupo tan numeroso de personas a caballo.

El capitán, el templario y el algún cruzado más, empezaron a especular sobre la extraña desaparición. Los exploradores sugirieron entonces que los herejes que decían perseguir se hubieran desviado un poco antes, por un camino que los del Conde de Etelnon habían tenido que dejar a su izquierda y que conducía hacia Muret. Ello tal vez en un intento de alcanzar las cercanías de este castillo católico, que al parecer llevaba cercado por el Rey Pedro de Aragón desde el 30 de agosto.

Los cruzados, burlados de nuevo, volvieron grupas tratando de dar con la pista correcta, siendo acompañados por los seis batidores hasta mostrarles la bifurcación que había sido hábilmente disimulada por los herejes.

Continuó pues su marcha el grupo por la nueva vía, haciendo sólo un brevísimo alto al mediodía para reponer fuerzas, y reanudando inmediatamente su cabalgada. La gente iba ahora con mil ojos, especialmente el Mariscal que empezaba a valorar la astucia de los enemigos y veía muy probable un nuevo ardid.

Tras atravesar el río Ariage por un vado y remontar la otra ladera del valle, divisaron por fin, nada más alcanzar la cresta, a los herejes. Se encontraban como a media milla, desplazándose hacia el río Garona.

A Ferdinand le dio un vuelco el corazón y no se entretuvo, por desgracia para su causa, en ningún tipo de reflexión, estaban allí y no tenía excusa para dejar que se le escaparan de nuevo. Sin encomendarse a Dios ni al diablo, dio la orden de cargar.

- ¡Conde Flambó!- exclamó el Mariscal al tiempo que el cuerno de “Gordo” modulaba el penetrante son de ataque.

- ¡FLAMBÓ!- bramaron al unísono casi todos los cruzados.

- ¡Montjoie!- Profirió Marie entusiasmada.

- ¡MONTJOIE!- repitieron los francos el antiguo grito de guerra.

Ya habían embrazado sus escudos, bajado las lanzas y espoleado sus cabalgaduras. El

grupo iniciaba una cabalgada frenética monte abajo. Marchaban primero los caballeros con la lanza fornida al brazo, les seguían los escuderos y el sargento con sus jabalinas a mano, y tras ellos el personal auxiliar y el capellán con las mulas y caballos de respeto. La cuesta abajo favoreció que los sobrecargados animales alcanzasen en breve el galope tendido embalandose peligrosamente.

Abajo, en la llanura, el grupito de puntos multicolores identificado como el de los fugitivos, había sido sustituido por una nubecilla de polvo. Los herejes, sintiéndose en peligro, huían también al galope. Ferdinand sabía de antemano que iban a intentar escapar en cuanto se apercibiesen de lo que se les venía encima, y estaba claro que el rumor de las pisadas de un escuadrón a la carrera se podía oír a mucha distancia, por ello no se molestó en indicar a sus hombres que cargasen en silencio ni evitó el son de la cuerna. Antes bien, le convenía provocar el desconcierto de sus enemigos, su nerviosa huída podía ser una baza a favor de los cruzados.

Efectivamente, el grupo cabalgaba acompañado de un estrepitoso clamor. El rítmico tamborileo de los cascos de cuarenta y siete equinos aporreando el terreno, el tintineo metálico de las armaduras botando sobre las sillas, el roce férreo de los arneses de los caballos de batalla, el traqueteo de tanto bulto sobre las albardas de las acémilas, anunciaba desde la lejanía su acometida.

Pero algo empezó a marchar mal. En su alocada carrera, los jinetes, creyendo atajar, habían abandonado el camino, que formaba una amplia curva a la derecha. Lo cierto es que la suave pendiente parecía invitar a ello, y así los hombres de cabeza se pudieron desplegar en abanico avanzando más desahogadamente. Tras unos momentos de atropellado descenso, vino la ruina, el terreno era mucho más irregular de lo que aparentaba y la cuesta cada vez más pronunciada, así que las consecuencias no se hicieron esperar. Todo comenzó a fallar, los animales tropezaban con las piedras o en los hoyos, los arneses se aflojaban, útiles mal atados a las sillas se perdían. Entre el sordo fragor del galope se escuchó la caída de varios caballos con sus jinetes.

El escuadrón se desparramó rápidamente y cuando el capitán, todavía en cabeza, volvió la vista atrás para comprobar el avance de sus cruzados, se apercibió del desastre. El panorama era decepcionante, tan sólo cuatro jinetes le seguían de cerca, Bernard de Fanjeaux, el viejo Charles, Phelipot y el paje Ibeloki, éste último probablemente con intención de advertirle sobre lo que estaba sucediendo a su espalda. El resto de la gente, o iban muy rezagados, o bien se les veía desmontados, diseminados a lo largo de la cuesta. Ferdinand decidió suspender la carga:

- ¡ALTO! ¡ALTO! ¡ESTO ES UNA PUTA MIERDA! ¡¿Dónde coño vamos así?!- gritaba entre enfurecido y abochornado a un mismo tiempo.

Miró hacia el valle con pesadumbre, la nubecilla estaba recuperando la ventaja perdida. “¡Me cago en la puta, que no los cogemos! ¡Así, ...más vale que no! ¡Que vergüenza!... ¡Pero algo debe hacerse!”. Observó al espabilado paje del Conde, montaba probablemente uno de los caballos más rápidos de la mesnada, pequeño pero todo él fibra, y además con relativa poca carga. Miró a los ojos del zagal.

- ¿Te atreves a seguirlos?- ante el movimiento afirmativo de su cabeza le ordenó- ¡Síguelos hasta allí, hasta el mismo río!- le señalaba el cauce del Garona- No te acerques demasiado, pero tampoco los pierdas. Después, a la puesta de Sol, te detienes y nos esperas cerca del camino, y si ves que no llegamos, vuelves en nuestra busca. ¡No me falles renacuajo que confío en ti!

Dio una palmada en la espalda al crío y otra más fuerte a su rocín que salió como una flecha ladera abajo. Pero, observando como se alejaba, le asaltaron las dudas, ¡era demasiado joven! Se volvió entonces hacia Charles.

- ¿Cómo te encuentras “Abuelo”? ¿Te vas con él? Temo que pueda caer en alguna emboscada o caer del caballo.

- ¡Pierde cuidado Ferdi! Estoy más en forma que nunca- respondió el anciano rematando con algunas toses la frase.

El capitán estuvo tentado de desdecirse de su petición, pero ya era tarde, el caballero había espoleado su montura partiendo en pos del paje.

Ferdinand hizo virar a su corcel y, seguido por los otros dos jinetes que seguían a su lado,

regresó monte arriba para reagrupar al maltrecho escuadrón. Sus acompañantes, Bernard y Phelipot, a pesar de no haberse ofrecido voluntarios para perseguir a los herejes, se preguntaban por qué no les había enviado a ellos en lugar del viejo Charles y el crío palestino. La respuesta era evidente, no se fiaba un pelo del hermanastro del Conde fugitivo y, por otro lado, había preferido ofrecerle el honor de aquella misión al anciano caballero de su mesnada antes que al escudero, a pesar de que éste fuese su amigo íntimo, o quizás precisamente por esto, ya que conociéndole, sabía lo poco que le importaba aquello de las hazañas y hombrías.

El capitán fue recorriendo el campo para evaluar los daños sufridos a causa de la irreflexiva y precipitada acción. Eran graves, pero podían haber sido mucho peores. Afortunadamente no había ningún herido, sólo gente con pequeñas contusiones. La peor parte se la llevaban de nuevo los caballos, perdían otros dos destreos valorados como el anterior en una auténtica fortuna.

El viejo corcel de Marie, un bravantés llamado “Sire”, había caído fulminado por el esfuerzo. Tras la agotadora marcha del día anterior, la carrera final acabó con su vida. Tal vez era mucho exigir a un animal de más de veinte años. La muchacha estaba desolada, montaba en él desde su más tierna infancia y lo consideraba más que un compañero de aventuras, prácticamente un hermano. En balde intentaba evitar que las lágrimas rodasen por sus mejillas o que la barbilla se le encogiese con algún puchero, pero el espanto de que pudiesen verla en una actitud de debilidad genuinamente femenina, no era suficiente para contrarrestar su zozobra.

El otro caballo de batalla que traía, “Grelot”, un equino joven y nervioso, difícil de instruir, distaba mucho de significar algo parecido a lo que representaba para ella su viejo amigo.

También causaba baja el corcel montado por... ¡Adrien! De nuevo la fractura de una pata a la altura de la caña obligaba a su sacrificio. El templario hubo de dar muerte a su segunda montura con unas pocas horas de diferencia, un caso insólito teniendo en cuenta que no había mediado ningún combate. ¡Era el colmo de la mala suerte!

Algunos llegaron a pensar que el monje era un auténtico gafe, pero otros, aún más supersticiosos, veían en aquel feo asunto un malísimo presagio. Para Adrien, sin embargo, aquello podía significar una cosa bien distinta: Como el proyecto en ciernes, arrebatarse la Sagrada Corona a los herejes, debía forzosamente ser muy grato a los Ojos del Altísimo, el problema tenía que residir en él mismo. Tal vez no era digno de ser quien llevase acabo la hazaña, tal vez se tratase de un toque de atención para que extremase aún más su pureza.

La verdad es que, haciendo examen de conciencia, no encontraba con qué pecado podía haber ofendido últimamente a Dios, salvo tal vez el de no contar con permiso de sus superiores para partir en busca de la Reliquia. Pero esa circunstancia digamos que le había venido impuesta por los acontecimientos y pensaba que observando una piedad más rigurosa, cumpliendo de forma estricta con la Regla y ofreciendo toda suerte de sacrificios, llegaría a ser merecedor del favor divino.

En cuanto al resto de animales caídos, no había que lamentar más que magulladuras y heridas leves, sobre todo de rodillas o en las pezuñas, que los jinetes, con el sabio asesoramiento y remedios del joven Lorent, procedieron a atender con el mayor esmero.

Reorganizarse, recogiendo todo el material perdido y efectuando las curas necesarias a caballos y mulas, les llevó el resto de la tarde y, con el Sol a punto de ocultarse, se decidió acampar valle abajo y no muy apartados del camino.

Descontado lo que de cada cual se hubiera podido llevar a la boca a lo largo de la agotadora jornada, la cena que se disponían a tomar era su primera ingestión “oficial” en veinticuatro horas, y sin embargo ésta volvió a ser en frío por no encender ninguna fogata que pudiese ser vista desde algún punto de la otra orilla del río, incluyendo la no muy lejana Toulouse. Las últimas luces del crepúsculo incrementaban el ambiente triste de la reunión, el pesimismo era general entre los desmoralizados cruzados.

La llegada de los dos compañeros destacados supuso un soplo de optimismo para los abatidos ánimos.

Arribaron al vivac a tiempo para cenar con los demás, que no dejaron de acosarles a preguntas. Previamente, aún sin descabalgarse, Charles e Ibeloki, ya habían sufrido el breve interrogatorio del Mariscal, pero ahora se trataba de satisfacer la curiosidad de los demás.

Al parecer los herejes habían cruzado el Garona por un puente de madera, para girar inmediatamente hacia su izquierda en busca, por lo tanto, del ejército aliado, sitiador de Muret, y no buscando refugio en Toulouse, que se encontraba en dirección contraria, a la derecha del puente.

También informaron que aquella pasarela sobre el río, por cierto levadiza en su tramo medio, estaba guarnecida por una mesnada de las milicias tolosanas, abundando sobre todo gente de a pie, aunque también pudieron ver algunos caballeros. Por supuesto no habían puesto ningún impedimento para que los “perfectos” cruzasen el puente, una prueba más del apoyo que los ciudadanos de Toulouse ofrecían a aquellos miserables.

Se hacía de noche, y el relato de las noticias traídas por los cruzados de edades más extremas, dio paso a una encendida disputa entre el bando que apoyaba la propuesta del Mariscal, abandonar la empresa y volver al campamento de Almir, y el de los que respaldaban el seguir adelante contra viento y marea. En el primer grupo se alinearon Pierrot y Paul únicamente, aunque contaban con la simpatía de todos los que no tenían voto, y casi tampoco voz, es decir, el capellán, el médico, los escuderos, excepto uno, y los siervos. El templario, su sobrina Marie, el hidalgo Bernard y el caballero Charles, junto con Rimont, eran partidarios de proseguir y hacer efectiva la orden del Conde, mientras que el mercenario parecía ajeno a estas controversias.

Ferdinand estaba cada vez más abrumado por la responsabilidad que Gerrart “le Flambo” había cargado en sus espaldas, la vida de su prole, poniéndole al frente de una misión que no era en absoluto tan fácil como parecía, y si no, no tenía más que repasar lo sucedido a lo largo de la jornada, pérdida de tres corceles sin lucha alguna.

Lo de mañana parecía mucho más serio, atravesar un río que en ese momento representaba la frontera entre el ejército cruzado y las poderosas huestes aliadas.

Los apasionados alegatos y velados reproches de Adrien, Marie y hasta del pérfido y menguado Bernard, frente a los medrosos argumentos del primogénito del Conde y su primo, hicieron que el capitán tomara, más por orgullo que por sentido común, la decisión de continuar con la misión. Pero ello se haría de otra manera distinta a lo llevado a cabo hasta ahora. Se terminaron las bravuconadas, la astucia debía remplazar a la prepotencia. Se las tenían que ver con un enemigo inteligente y esquivo, que sin duda evitaría cualquier enfrentamiento directo y practicaría toda suerte de argucias para lograr escapar.

Como resultaba evidente que para seguir adelante lo primero era cruzar aquel puente, propuso a los demás el hacerlo de forma pacífica, fingiendo neutralidad. Intentarían pasar a lo largo de la mañana, divididos en pequeños grupos y por las buenas, pagando si era necesario.

Al fin dieron por concluido el debate y todos, rendidos por el cansancio, Madelaine y el viejo Charles además por sus dolencias, se retiraron a descansar a sus respectivas esteras y jergones. Aquella noche se acostarían bastante apiñados dada la ausencia de otra luz que no fuese la proporcionada por la luna y el estrellado cielo. Ni siquiera encendieron el cirio horario pues lo despejado del firmamento permitía calcular el tiempo por la posición de los astros. Muy pronto se quedaron dormidos, vencidos por la fatiga acumulada tras su segundo día de cabalgada.

Sólo velaba el encargado de la primera vigilia, precisamente el extenuado Charles. Le correspondía ese turno siguiendo el orden interrumpido la noche anterior. El anciano, a pesar de encontrarse mal, no consintió que nadie le hiciese la guardia. Luchó contra el sopor por buen rato, pero al final el agotamiento pudo con él, su salud estaba ya muy mermada por la enfermedad que poco a poco le iba minando, y acabó por quedarse dormido. Así que tampoco llamó a su relevo a la hora en que hubiera debido hacerlo... ¡menos mal que “Polisson” y los propios caballos habrían dado la alarma si algún peligro inminente hubiera sobrevenido!

3.3

Las primeras luces de la mañana les hicieron despertar de forma natural y el capitán

estalló de cólera cuando se dio cuenta de que el servicio de vigilancia no se había llevado a cabo y que, por tanto, habían estado expuestos a cualquier infortunio, ya fuese a causa de las fieras, de forajidos o del propio enemigo. Al saber que la culpa era de Charles, hizo un esfuerzo por contenerse y quitar hierro al asunto, aunque había dicho lo suficiente como para que el viejo, ya abatido por su fallo, se acabase de hundir.

Se aviaron, recogieron el vivac y, a continuación, para reponer fuerzas, ingirieron un desayuno extraordinario consistente en una “sopa” de vino, una rebanada de pan blanco empapada en vino y rociada con miel y canela, que tomaban servida en sus escudillas.

Siguiendo el plan elaborado por el Mariscal, se distribuyeron los dieciocho cruzados en cuatro grupos: uno formado por Ferdinand, Madelaine, Phelipot y Bernard; otro por fray Adrien, Paul y el sargento Richart; otro más en el que irían Marie, Pierrot, el Padre Johannes, Rimont y Aubert; y, por último uno donde se encuadraron Charles, Jacques, el paje Ibeloki, el palafrenero Lorent, el cocinero Geubert y el médico François.

El primer grupo se dirigió hacia el puente mientras el resto permanecía oculto esperando que llegase su respectivo turno.

Ferdinand y los suyos fueron recibidos al llegar a la orilla del Garona por una docena de caballeros y peones que les cerraban el paso. Desplegados en las inmediaciones había, según calculó aquél, unos doscientos hombres.

El capitán de los cruzados francos, intento convencer diplomáticamente a los guerreros que parecían ostentar la jefatura de la mesnada, de entre aquellos que les habían salido al paso, incluso llegó a ofrecer el pago de un generoso peaje.

Pero no sólo se resistían a entrar en razón, sino que comenzaron a acusarles de pertenecer al ejército de Simón de Monfort. Ferdinand se defendió negándolo, pero su acento del Norte le delataba.

Empezaron los tolosanos a fanfarronear e incluso a mofarse tomando como objeto de burla las obesidades de Phelipot y Madelaine. Las estrepitosas carcajadas de la chusma ante los chistes de mal gusto de sus jefes, le hicieron al Mariscal crispas los músculos de las mandíbulas.

- ¡Sólo queremos cruzar el río!,... ¡a ser posible por las buenas!- les dijo.

- ¡Por las buenas ya os digo que no va a ser!,... pero por las malas... ¡huy, huy, huy, estamos ya temblando! ¡Mirad!- contestó el forzudo caballero que debía estar al frente de la tropa, mientras fingía un convulsivo temblor en su mano diestra.

Aquello despertó una nueva oleada de humillantes risas acompañadas por las burlescas muecas de algunos. El Mariscal miró al cielo y meneó la cabeza al tiempo que su rostro adoptaba un gesto de aparente resignación.

- ¡Idos antes de que os demos una paliza de muerte!- continuó el gigantón.

- ¡A todos, incluida la gorda!- añadió otro de los caballeros.

- ¡Ah, y encima nos quedaremos con vuestras bonitas armaduras, y con los caballos!- remachó un tercero, para colmo con pinta de mugriento.

A una seña del capitán, sus tres acompañantes hicieron virar sus caballos y, tirando de la reata que traían, emprendieron el retorno corridos de vergüenza. Ferdinand, ya solo, aún se atrevió a amenazarles:

- ¡Nos da igual,... cruzaremos por otro punto!- y a continuación volvió grupas para retirarse.

- ¡Sí, podéis hacerlo a nado, pero... lejos, muy lejos, donde no os veamos!- añadió otro caballero tolosano.

Hubo nuevas carcajadas y, según se alejaban, una lluvia de todo tipo de insultos, e incluso algunas pedradas que no hicieron más daño que las hirientes burlas.

El Mariscal trataba de dominar su ira y aparentar serenidad, pero los rosetones de sus mejillas indicaban, como siempre que se le encendían, que la sangre le hervía por dentro.

Aguantó hasta llegar al punto donde aguardaban el resto de sus hombres, allí explotó iracundo. Al bajar del caballo empezó a dar patadas a toda suerte de piedras, a pasear nervioso de un punto a otro, mientras daba algún que otro mordisco en sus apretados puños. Los que le conocían sabían que tenía que estar realmente muy enojado.

Poco a poco se fue sosegando, caminaba más tranquilo, y terminó desapareciendo en dirección al río, como en busca de un lugar desde donde poder observar a los tolosanos sin ser visto.

Al cabo de un buen rato, volvió con los suyos. Los demás le aguardaban en silencio, ya conocían por boca del “Gordo” el resultado del intento, y los miembros de su mesnada apostaban que el Mariscal de la Casa de Flambó no dejaría de dar a aquellos indeseables un buen escarmiento.

Ferdinand, efectivamente, venía ya con un nuevo plan que expuso inmediatamente a sus compañeros. Pasarían por el puente a las bravas, sin buscar otro punto más recomendable para cruzar el Garona, no iban a tolerar la humillación sufrida.

Atacarían por sorpresa, aprovechando la disminución de fuerzas que, según él, se produciría durante el segundo turno del almuerzo de la mesnada tolosana, agravada por la probable siesta que mientras estarían echando los que ya hubieran comido en el primero. La atenta y observadora mirada del capitán había tomado buena nota de todos los detalles del cuadro, hasta el punto de haber calculado por la ubicación del campamento y su cocina, como se dividirían en dos tandas para comer y el tiempo que emplearían para sus desplazamientos. Y, por supuesto, haberse cerciorado del indispensable dato de que la pasarela central estaba en todo momento tendida sobre el río.

Ordenó que se sirviera un ligero almuerzo a base de la llamada “cecina”, es decir, la carne salada y ahumada, pan, manzanas y doble ración de vino, para dar más ánimos y bríos a los guerreros. La gente comió reconfortada, bromeando, aunque ya con un gusanillo en el estómago.

Cuando terminaron, el Mariscal comunicó a los guerreros la posición que ocuparía cada uno dentro de la columna de a dos con la que pensaba asaltar el puente.

- Iremos vos y yo en cabeza, fray Adrien, si no tenéis inconveniente.

- ¡Ninguno!, es mi puesto preferido- contestó el templario.

- Detrás de nosotros estarán Rimont y Paul- continuó el capitán- Tú llevarás tu arco dispuesto- ordenó al primogénito del Conde- mientras que nosotros tres manejaremos las ballestas. Me parece que os está permitido, ¿no fray Adrien?

- Sí contra ésta gente, aunque no me deleita en absoluto.

- Si lo preferís...

- No, no hay problema si vos creéis conveniente su uso. Además la sé manejar.

- Llevaremos dos ballestas cargadas cada uno, con ellas nos abriremos paso seleccionando cuidadosamente los blancos, no debemos desperdiciar ni un solo tiro.

- ¿No utilizaremos las lanzas “Ferdí”?- preguntó Marie.

- ¡No!, no quiero que perdamos ninguna, y aquí nos van a ser más útiles los lances de las ballestas, las flechas y los dardos, con ellos intentaremos evitar que se nos acerquen, y si llega a ser necesario, tiraremos de la espada o la maza para abrirnos paso.

No era preciso que Ferdinand explicase, pues al menos los de la Casa de Flambó lo entendían, que había situado en vanguardia a los guerreros más poderosos de la patrulla, él mismo y el templario, y a los que superior puntería tenían, Paul con el arco y Rimont con la ballesta.

- Creo fundadamente- prosiguió el capitán con su exposición- que sólo vamos a tener enemigos a nuestra siniestra, pues la inmensa mayoría de sus peones están acomodados sobre la colina que hay a ese lado del camino, justo antes de la embocadura del puente, por ello los demás guerreros cabalgaréis en la hilera de ese flanco, intercalados con las mulas. Los civiles cabalgarán en la hilera diestra, emparejados con cada uno de vosotros para que les sirváis de pantalla, y alternándose ellos con los caballos de reserva.

- ¿Por qué prefieres colocar las mulas en el lado izquierdo?, si muere alguna perderemos también su carga- interrogó Pierrot a su maestro.

- ¡Piensa un poco muchacho! La mula con su carga, por valiosa que sea ésta, resulta menos costosa que un destrero, es evidente ¿no? Pero además, los caballos que no poseen arnés de guerra, son bastante más vulnerables que las mulas protegidas por sus albardas y los propios fardos que transportan.

Entonces intervino el hidalgo occitano, más para adquirir un poco de protagonismo que porque hubiese ideado alguna táctica mejor:

- ¡Creo que esa disposición es desacertada! ¿Y si hay enemigos a la derecha? Además, ¿son las dos hileras de la misma longitud?

Ante el despropósito de su segunda pregunta, el Mariscal no se molestó ni en mirarle. Respondió en su lugar Marie, que agachada en cuclillas dibujaba sobre su tablilla de cera la disposición de la columna:

- Nos sobrarían dos caballos en la diestra, así que uno de ellos debe pasar a la otra hilera para igualar ambas. Pero de todas formas, alguno de nosotros deberá marchar en solitario a retaguardia.

- ¡¿Solucionado el “plobema”?!- preguntó Ferdinand utilizando un agrio tono a modo de reproche al hermanastro del Conde hereje.

Y sin pararse a responderle su primera cuestión, bastante más seria, continuó dictando la disposición del resto de la columna empezando por la hilera izquierda:

- Después de los de cabeza, el primero será... por decir uno cualquiera... Richart, luego... Phelipot, Pierrot, Aubert...- parecía que los estuviera eligiendo al azar, según los veía, pero eso era pura apariencia- Marie... ¿quién me queda? Ah, tu Jacques- dijo al advertir que éste y el viejo levantaban la mano- después Charles y, por último... sólo faltáis vos, Bernard.

- ¡De ninguna manera!- respondió airado el hidalgo- me habéis citado el último a conciencia, sólo por importunar, obviando mi categoría, bastante superior a la vuestra y no digamos a la de algunos de estos pelagatos...

- ¡¿Tal vez preferís ir en cabeza?!- le atajó de manera fulminante el Mariscal.

- No se trata de eso. - contestó en un tono más apacible- Es que...

- ¡Ah!... ¡Ya, ya entiendo- se anticipó de nuevo Ferdinand, ahora utilizando un tono sarcástico- ¡Charles, irás tú el último si no tienes inconveniente!

- ¡Será un honor “Ferdí”!

Pareció que el capitán daba por zanjado el incidente con Bernard, y éste debió preferir no liar más las cosas una vez que había conseguido alejarse un puesto de la siempre arriesgada posición de retaguardia. Ferdinand continuó exponiendo los pormenores de la operación:

- El caballo de reserva que pase a la hilera siniestra, será uno de los menos valiosos. ¡Marie, a ti también te quiero con el arco! En cuanto a los demás, usaréis vuestras azagayas. A los que no tenéis- se refería ahora a los caballeros- os repartiré Ibeloki dos por cabeza, creo que deberá sobrar con eso- Ferdinand calló un momento mientras intentaba recordar si se le escapaba alguna cuestión- ¡Bien, eso es todo! ¡Empezad a equiparse para la lucha!

El Mariscal dio por concluida la asamblea, y se dispuso en primer lugar a aprestar su caballo para luego dedicarse a su propia persona, la gente le imitó.

Armaduras, arneses y armas eran puestas a punto. Los no combatientes, que habían asistido como el resto de los guerreros a la reunión, comenzaron igualmente a componerse recogiendo las diversas prendas defensivas que se habían cargado para ellos: ropones acolchados, petos y cofias de cuero, gorgueras de mallas...

Como solamente doce corceles, los montados por los hombres armados, disponían de arneses de guerra, el resto de destreros y caballos, veintiuno, y también las doce mulas, fueron protegidos utilizando defensas de circunstancias: Al resguardo ofrecido por las propias sillas de montar, aparejos de carga y las propias cargas, se añadía el proporcionado por sus mantas extendidas por el lomo, vendajes en las patas y cabezas... Hasta el pequeño “Polisson” fue aviado con su propio arnés.

Terminados los preparativos, el capitán pasó revista, uno por uno, al equipo de casi todos, exceptuando los del templario, Bernard y el mercenario de éste. Comprobó que estaban bien puestas las armaduras, ajustados los correajes, bien asegurados a las sillas los equipajes y a sus aparejos las cargas...

Después arengó a sus hombres, sobre todo a Pierrot, Paul, Jacques y Aubert, sin duda los menos aguerridos, para que se mostrasen contundentes en el ataque. Afirmaba que del arrojo y decisión con que se comportase todos, dependería el éxito de la empresa y el probable ahorro de vidas, empezando por las suyas propias.

Por fin, pidió al capellán que les diese su bendición. Desenvainaron y se arrodillaron para

recibir aquella, disponiendo sus espadas a modo de crucifijo.

Acabada la ceremonia, ordenó montar. El momento de la verdad se acercaba y los componentes de la patrulla, ya con la sensación de zozobra agarrada al vientre, procedieron a abrazarse unos con otros, entre parientes, amigos o simplemente compañeros bien avenidos, deseándose suerte mutuamente.

Ferdinand, ya subido sobre uno de sus soberbios corceles, avanzó al paso en solitario aproximándose a un punto de observación desde donde poder comprobar que todo marchaba según sus planes. Mientras, a su espalda, se iba organizando la columna según la disposición estudiada.

Tras comprobar que a su frente todo parecía tranquilo, miró a su espalda, los cruzados aguardaban en silencio. Con una señal de su mano, dio orden al escuadrón de avanzar. Éste rompió la marcha con dirección al puente.

3.4

No se equivocó el Mariscal del Conde de Etelnon, la situación era incluso más favorable de lo previsto. Un único caballero se encontraba al frente de la defensa del puente en esos momentos y la plataforma completamente expedita. Los peones y arqueros que habían comido en el primer turno, alrededor de cien, dormitaban repartidos entre la colina y el puente. En aquella se encontraban la mayoría de ellos. Estaban recostados a lo largo de la ladera, aprovechando los troncos y sombras de algunos grandes olmos. Se habían desabrochado hebillas y corchetes para más comodidad, de modo que talabartes y lorigones de mallas o camisotes quedaban sueltos. Otro tanto sucedía con los yelmos, depositados en el suelo, o con las capuchas de los almófares, colgándoles a sus espaldas. Y que decir tiene de las armas regadas alrededor.

La verdad es que hacía un calor de justicia y los únicos sonidos que se percibían sobre el constante murmullo de las aguas, eran el canto de las cigarras, el zumbido de moscardones y avispas y algún que otro ronquido.

Los pocos hombres que guardaban el puente estaban más despiertos, cuatro de ellos incluso parecían montar guardia, completamente equipados y con la lanza y el escudo a mano. Cerca, sentado junto a la orilla, estaba el caballero que parecía mandar aquella mesnada, precisamente el gigantón que vituperase a Ferdinand y a sus acompañantes en el intento de aquella mañana. El resto de sus hombres debía estar en ese momento almorzando en el campamento situado al otro lado del puente, sobre la calzada que conducía a Toulouse y como a una milla hacia el Norte. Era curioso que precisamente el caballero de más alto rango, fuese el único de los del primer turno que no se hubiese quedado haciendo sobremesa en el acantonamiento, como habían hecho los demás camaradas del mismo rango.

La siesta de la mesnada tolosana se vio interrumpida por un creciente rumor de pisadas de cascos de caballo. Los peones que estaban más espabilados, se incorporaron despacio buscando con la mirada el origen del ruido. El relincho del primer animal que surgió de la curva del camino, les puso en guardia. El guerrero responsable del mando, levantándose con presteza, se dio cuenta de inmediato de que estaban siendo atacados: dos, cuatro, cinco jinetes, ataviados para el combate, cargaban resueltamente contra la entrada del puente.

La columna de a dos irrumpió al trote, un trote recogido debido al peso que soportaban algunos de los equinos, pero regular. Los guerreros cabalgaban hacia el puente en silencio pues Ferdinand había prohibido emitir sus gritos de guerra, por la misma razón que tampoco Phelipot anunció el toque de carga con su cuerno o se había colocado el bozal al perdiguero, para no poner en sobre aviso a los defensores. Llevaban las lanzas fornidas en vertical y ligeramente inclinadas hacia atrás, con objeto de que no les estorbasen en la lucha, sujetas entre la cuja y el arzón, con el estandarte y los gonfalones enrollados en sus astas. El pulso y la respiración de los cruzados se aceleraban ante la ola de adrenalina que les sacudía, la distancia hasta el puente, ahora apenas cien o ciento veinte pasos, les parecía insuperable.

El noble tolosano había dado la voz de alarma. Vociferaba desesperado tratando de dar órdenes a sus aletargadas huestes mientras comparaba la velocidad de aproximación de los

atacantes con la escasa capacidad de reacción de los suyos, percatándose de la imposibilidad de una resistencia organizada. Ni siquiera daría tiempo a atravesar la pesada carreta que tenían dispuesta para cerrar la entrada a la plataforma, ¡qué decir de izar su tramo levadizo! El puñado de hombres que había en las inmediaciones del paso, eran los únicos que podrían entorpecer la marcha de los atacantes.

Entre los de la colina reinaba una confusión total, siguiendo las indicaciones de su jefe, la docena larga de arqueros intentaba ganar la cima del montículo para tomar allí posiciones, mientras el resto de infantes corría ladera abajo, a medio vestir, intentando frenéticamente alcanzar el camino por donde avanzaban los enemigos.

Y aquella curva no paraba de vomitar cabalgaduras, unas con jinete y otras sin él, diez, doce, catorce. La tensión era enorme, al tiempo que los arqueros trataban nerviosamente de tensar sus arcos, algunos peones más diligentes que estaban llegando a la vía, se frenaron en seco ante la tardanza de los demás compañeros y la incertidumbre sobre la entidad del enemigo contra el que se enfrentaban.

Veían como los caballeros de cabeza de la columna apuntaban con sus ballestas buscando un blanco entre aquellos infantes que más osaran acercarse, y como los que cabalgaban a continuación, puestos en pie sobre los estribos, levantaban y echaban atrás, poniéndolo en tensión, el brazo con el que sostenían el venablo, mientras elegían también al hombre hacia el que, por lo peligroso de su apariencia, se hiciese más necesario el dirigir aquel.

Efectivamente, primero Richart, y luego Phelipot y Pierrot, lanzaron con terrible fuerza y puntería sus azagayas. De no poca destreza tuvieron que hacer gala los peones escogidos para que aquellas se clavaran en sus escudos, con potente impacto y sordo estruendo, y no en otro punto vital. Los agujijones metálicos, tras atravesar las capas de cuero y madera, llegaban a sobresalir por el lado interior y sólo la buena fortuna evitaba que llegasen a alcanzar los brazos que sujetaban los broqueles.

Después fue Marie la que dejó partir la saeta de su arco que fue a encontrar el pecho de un enemigo al que hirió de consideración, ello a pesar de la protección de su peto de cuero y del camisote forrado de estopa.

También los arqueros tolosanos conseguían disparar su primera salva de flechas, pero con tal precipitación y torpeza, que provocaron el segundo herido en sus propias filas al alcanzar por la espalda a uno de sus compañeros situado junto al camino. Eso, sumado al desconcierto que creaba entre los tolosanos el interminable fluir de cabalgaduras desde detrás de la curva, veintiséis, veintiocho, treinta,... hizo que los primeros infantes en llegar al camino, empezasen a recular hacia la ladera buscando el apoyo de los compañeros rezagados y la protección de los árboles, mientras observaban, en medio de la confusión, como ya se alzaban sobre los estribos y arrojaban sus azagayas Aubert y Jacques.

A todo esto, el jefe de la mesnada se había subido sobre la balastrada izquierda del puente, y levantaba un enorme hacha resuelto a descargar su golpe sobre el primer jinete que intentase cruzar y que concretamente iba a ser Ferdinand. Ocho o diez hombres junto a aquel, parecían estar dispuestos a dejarse la piel para cumplir su misión, impedir el paso a cualquiera que intentase hacerlo por la fuerza.

Los cuatro cruzados que cabalgaban en cabeza, advirtieron el peligro que representaba aquel coloso que sumaba a su altura la proporcionada por la barandilla, y que estaba en disposición de descargar un fenomenal hachazo desde arriba. También se hacían cargo de la importancia de abatirle como cabeza directora de aquella tropa.

El capitán y el templario dispararon casi a la vez sus armas pasando ambos lances a los costados del tolosano sin llegar a rozarle. Inmediatamente disparó Rimont, aún más cerca, pero también falló pues el trote de los caballos dificultaba considerablemente la puntería. Paul no encontró hueco y prefirió disparar su arco contra uno de los sujetos que cerraba la entrada del puente alcanzándole en el escudo sin producirle daño alguno.

Ya se cubría Ferdinand con el pavés, esperando el espantoso tajo que, a juzgar por el tamaño del hacha y la corpulencia de su oponente, iba a recibir. Pero la fortuna le libró del mal trago, el gigantón resbaló en el pulido maderamen del pretil cuando con furioso ímpetu cogía impulso para abatir su arma. Cayó pesadamente hacia atrás yendo a aterrizar junto a la orilla del río, donde quedó inconsciente y ajeno al resto del combate.

Los peones apostados a la entrada del puente opusieron una breve resistencia. Ya de entrada habían abierto su línea, echándose a ambos lados y renunciando a la idea de una defensa frontal, no eran tan estúpidos como para pretender cerrar el paso a aquella tromba que se les venía encima con sus escasas y frágiles lanzas. Tras ver caer a su jefe, comprobaban ahora la violencia de los golpes dados por los primeros caballeros de la columna, que habían ya sustituido las ballestas por sus espadas. Algunos, con los huesos del antebrazo rotos a pesar del escudo, se encogieron bajo éste intentando escabullirse de los terribles mandobles. El resto, optó por retroceder a la desbandada buscando su salvación.

Corrieron hacia el extremo opuesto del puente juzgando imparable el avance arrollador de los caballeros. Dos de ellos incluso, presas del pánico, cometieron la locura de arrojar al agua, a la turbulencia de la corriente había que añadir el embarazo de sus camisotes y el peso de sus armas. Uno consiguió salvarse abrazado a una pilastra, el otro se fue al fondo sin remedio.

Mientras los últimos equinos doblaban ya la curva del camino, cuarenta y dos, cuarenta y cuatro, cuarenta y cinco, la cabeza de la columna ya cabalgaba por encima del puente produciendo, el pataleo de los cascos sobre los tablones, un ensordecedor estruendo que parecía iba a hacer venirse abajo la construcción. Por delante de los francos, unos cuantos tolosanos corrían desesperadamente para no ser atropellados.

La segunda salva de flechas de los arqueros situados en la cima del cerrillo, fue algo más precisa que la primera, logrando hacer algunas dianas de poca importancia en los escudos de varios cruzados, donde se clavaban con un sonido vibrante, llegando a asomar sus puntas, como en el caso de las azagayas, por el lado de dentro. También algunas mulas fueron alcanzadas en sus alforjas.

Entre tanto, el resto de infantes diseminados por la colina, los más juiciosos que no habían llegado a bajar de ella, y los que volvían a subir una vez renunciado al enfrentamiento directo con los atacantes, optaban por utilizar otra táctica menos expuesta, el apedreamiento. Así, se les veía desenrollando de la cintura la honda que casi todos portaban como parte de su equipo, elegir un proyectil de su morral y comenzar a voltear aquella por encima de sus cabezas hasta que la fuerza centrífuga fuese la óptima para el lanzamiento. Entonces saldría el guijarro o el plomo despedido con tal velocidad y potencia, que se hacía, aunque no fuese tan preciso y penetrante, casi igual de peligroso que una flecha.

El grueso del escuadrón circulaba ya a lo largo del puente y sobre los cruzados caía una lluvia de variados proyectiles. Llegaban mezcladas la tercera y cuarta tandas de flechas, pues los arqueros disparaban ahora a discreción, apuntando cuidadosamente. Sin embargo, el pretil del puente proporcionaba a los jinetes una protección adicional, incrementada al agacharse e inclinarse ligeramente hacia el lado derecho de sus cabalgaduras. Oían zumbir las saetas por encima de sus cabezas mientras otras taladraban pilares y tablas de madera, pero, de momento, no lograban éstas ningún blanco efectivo.

Más dañina que la lluvia de flechas, era el diluvio de piedras con que los tolosanos hostigaban a los osados atacantes. Varios de ellos o sus monturas recibieron el doloroso impacto de algunas, que habrían podido ser hasta mortales de no mediar las eficaces defensas con que se cubrían.

La vanguardia de la columna terminó de cruzar el río. Por delante de ellos, el grupo de peones tolosanos se desperdigó rápidamente hacia los lados, recibiendo antes algún que otro espadazo incruento. Los jinetes remontaron la cuesta que había a la salida de la plataforma y, una vez fuera del alcance eficaz de los arqueros, Ferdinand, Adrien y Rimont, hicieron virar en redondo a sus caballos y echaron pie a tierra, a fin de cubrir con el disparo de sus segundas ballestas la retirada de los compañeros, mientras que éstos, a cuya cabeza ahora iba Paul, continuaban con su trote en dirección a la curva salvadora que les ocultaría definitivamente de las vistas del enemigo.

Pero, más atrás, el centro y la retaguardia del escuadrón estaban siendo duramente castigados. Una de las acémilas situadas entre Pierrot y Aubert, descalabrada por una certera pedrada a pesar del vendaje que le protegía la cabeza, fue a chocar contra el pretil con tal violencia, que volteó por encima de éste quedando suspendida sobre el río, sujeta por la reata que la unía a la mula de delante.

Éste segundo animal, fue retenido por la soga, que fatídicamente no se rompió, y le comprimía contra la balaustrada. Por la misma causa, la cabalgadura de Pierrot, unida a las anteriores, sufrió el tirón que estuvo a punto de hacerla caer, y la dejó igualmente inmovilizada.

La situación era extremadamente peligrosa pues se había creado un tapón en mitad del puente que impedía el avance de la hilera izquierda y dificultaba el de la derecha, chocando unos equinos con otros en total confusión.

Sólo la heroica acción del “Afilao” pudo salvarles del desastre. Levantado sobre sus estribos, e incluso llegando a pisar con uno de sus pies el pretil, se asomó al vacío buscando el punto donde dar con su espada el tajo que cortase la tensa maroma. Y lo consiguió de un acertado mandoble, cayendo el animal y su carga al Garona, donde levantó una espectacular columna de agua.

Mas, durante un momento, el escudero fue el principal blanco de hondas y arcos. Un fuerte impacto le abolló el yelmo sin mayores consecuencias gracias a las diversas capas de relleno, pero no tuvo igual fortuna con una saeta que, debido a la forzada inclinación de su cuerpo, le penetró por el cuello del clíbano y, atravesando el gambax, fue a clavársele por detrás del hombro, entre el omóplato y las costillas. Otra flecha, encontró hueco entre la silla de montar y la camisa de malla de su corcel y, traspasando la guarda de cuero, se hincó profundamente en el lomo del animal que acusó la herida con un tremendo bote.

François, que en ese momento estaba a su lado, agarró las riendas de la maltrecha montura de Aubert y consiguió, a duras penas, hacerla ir hacia delante. La columna pudo continuar cruzando el río, aunque a un ritmo más lento.

Al otro lado del puente, el capitán, el templario y el escudero Rimont, procedían a descargar sus armas apuntando sobre los arqueros enemigos en un intento de que éstos disminuyesen la presión sobre los suyos. El escudero, último en disparar, volvió a demostrar su increíble puntería al lograr alcanzar, esta vez sí y pese a la distancia, a uno de los arqueros en una pierna.

El superior alcance de las ballestas, el de aquellas en particular unos ciento cincuenta pasos frente a los presumibles setenta de esos arcos, hacía inútil una respuesta de los tolosanos de la cima que iniciaron un movimiento de dispersión.

Por fin terminó la columna de pasar al otro lado del río y con ella el jinete y cabalgadura heridos. Nada más salir del puente, el corcel flaqueó hasta venirse abajo, haciendo rodar por el suelo al semi-inconsciente escudero que lo montaba.

Primero Pierrot, y luego Marie y Jacques que venían detrás, descabalgaron a fin de ayudarle. También lo hizo François a pesar del riesgo que corría por su inferior protección, mientras el hidalgo Bernard pasaba vergonzosamente de largo. Igualmente lo había hecho el palafrenero, pero con mucha más justificación. El viejo Charles, último en abandonar el puente, se detuvo sin desmontar, situándose de manera que sirviera de abrigo a los que auxiliaban al herido.

Los peones que habían quedado al otro lado del río, sobre el montículo, observaban las dificultades de los atacantes y cavilaban si caer sobre ellos, pero a falta de algún jefe que los condujera, ninguno se atrevía a ser el primero en lanzarse. Más cuando podían observar como los tres jinetes que portaban ballestas estaban procediendo a recargar éstas, y ese era otro motivo de prevención. No obstante, no cesaron en su empeño de lapidarles y unos cuantos, incluso, se desplazaron a posiciones más cercanas.

Entre Pierrot, Jacques y François montaron al aturrido Aubert en uno de los caballos de reserva, mientras Marie se encargaba de recoger las alforjas y armas del escudero, así como de apuntillar al malogrado corcel. Y era una lástima, pues la lesión quizás no era tan grave como para no haberse podido curar, pero sí lo suficiente para impedirle seguir al resto y dejarlo herido en manos del enemigo no le traería provecho. Otra adversidad, mucho menos grave, fue el no disponer de tiempo para recuperar el valioso arnés de guerra.

Y, pese la distancia que mediaba, todo lo ancho del río, no cesaba la granizada de proyectiles que todavía llegaban con fuerza. Una de las pedradas alcanzó al médico de lleno en la cabeza. Su cofia de cuero absorbió el impacto, pero el brusco movimiento del cuello le produjo una seria lesión en las vértebras. Aunque desde más lejos, también los arqueros

seguían disparando, mas el respeto a las ballestas enemigas les hacía permanecer medio a cubierto y esmerarse menos en la puntería, las saetas llegaban sin precisión y al límite de su alcance eficaz.

El último grupo de jinetes, el de “Afilao” y los que le habían auxiliado, pasó por el lado de los tres “ballesteros”, cuando éstos terminaban de montar sus armas, única operación en que las ballestas estaban en desventaja frente a los arcos, el tiempo y energía necesarios para tensarlas mediante la polea o el molinete. Ya no consideraron necesario el utilizarlas, optaron por montar y alejarse de la escena rápidamente, reservando para otro momento sus lances.

No les quedaba más tiempo, ante el griterío y clamor del combate, el resto de caballeros e infantes de la mesnada había abandonado su campamento y se acercaban a la carrera. Ferdinand, Adrien y Rimont doblaron la curva poniéndose momentáneamente a salvo.

Los caballeros tolosanos se acercaban a galope tendido, sobre todo aquellos que, debiendo estar en sus puestos por haber comido en el primer turno, continuaban de sobremesa en el momento del ataque y ahora sólo pensaban en justificarse. No se pararon a hacer averiguaciones sobre lo que había sucedido o del número de adversarios con los que tendrían que enfrentarse en caso de darles alcance.

Y no tardaron en conseguirlo, pronto los primeros jinetes tomaron contacto visual con la retaguardia de los cruzados, esfumándose su ardor inicial al comprobar cómo eran apuntados con las ballestas que portaban los últimos. El miedo que tenían a este tipo de armas era considerable dado que, a corta distancia, no existía armadura ni escudo que detuviese sus virotes, y la estrechez del camino, acotado a ambos lados por espesos setos, les imposibilitaba el despliegue o cualquier clase de maniobra evasiva.

Esta amenaza, sumada al hecho de no saber a ciencia cierta cuantos enemigos marchaban en aquella larga columna, les hizo pensar que era más prudente el dejarles escapar. Evidentemente, ya habían logrado su propósito de cruzar el río y ahora se limitaban a huir. Por el camino que avanzaban no tardarían en darse de bruces con el poderoso ejército aliado que ya se encargaría de despacharlos, únicamente deberían enviar algún mensajero para prevenir a sus camaradas de la extraña maniobra de aquellos, sin lugar a dudas, cruzados del Papa.

Los dieciocho jinetes de la “jauría” cabalgaban hacia Muret, no tenían que lamentar, al parecer, la pérdida de ningún compañero. Conocedores de su triunfo y viéndose libres de perseguidores, no tardó en invadirles la euforia y entusiasmados estallaron en gritos de júbilo: Los “Montjoies“, los ”Flambós” y los “hurras”, se sucedieron durante un buen trecho del camino.

* * *